

ban no son mas que una materia de conjetura para el anticuario, porque despues de este último negocio no se reunieron jamás bajo la misma bandera. El clan de Chattan, por el contrario, continuó floreciendo y aumentándose; y las mejores familias de las montañas del norte de la Escocia, hacen gloria en descender de la raza de los gatos monteses.

CAPITULO XXXV.

En tanto que volvia el rey á paso lento hácia el convento, donde habitaba por entonces, Albany, alteradas las facciones dijo al conde Douglas tartamudeando: — Vuestra Señoria, que ha visto esta escena lamentable en Falkland, ¿no se querrá encargar de dar una

tan triste noticia á mi desgraciado hermano?

—No me haré cargo de tal cosa por toda la Escocia, respondió Douglas, querria mas descubrir el pecho á tiro de flecha, para servir de blanco á cien ballesteros del Tynedale. No ¡por santa Brigida de Douglas! Yo no podria decir sino que habia visto muerto á ese infeliz joven principe; Vuestra Alteza podrá, tal vez mejor que yo, explicarle como aconteció este caso. Si no fuera por la rebelion de March, y la guerra contra la Inglaterra, podria yo decir lo que pienso. A estas palabras saludando el conde al rey tomó el camino de su alojamiento, dejando al duque de Albany, que saliese del paso como mejor pudiera.

—¿A causa de la rebelion de March y de la guerra contra la Inglaterra? dijo el duque para consigo. — Sí, y por tu propio interés, conde soberbio; pues que por imperioso que seas, no te atreverás á separarle del mio. — ¡Y bien! puesto que cae sobre mi este cargo, será preciso desempeñarle.

Siguió al rey hasta su cuarto. Roberto se

sentó donde acostumbraba, y miró como pasmado á su hermano.

— ¡Qué inmutado estás, Robin! le dijo él, quisiera que reflexionaras con mas seriedad cuando se trata de la efusion de sangre, pues que tanto te afectas despues que se ha derramado. Y con todo eso, Robin, yo te quiero mas que antes, viendo se deja ver algunas veces tu buen natural, aun por entre tu política estudiada.

— ¡Ah! ¡si quisiera Dios, mi querido hermano y rey mio, dijo Albany con una voz entre cortada, que yo no tuviera nada mas funesto que anunciaros, sino lo visto en la llanura sangrienta de donde venimos! Muy poco sentimiento tendré yo por los miserables salvages, cuyos cadáveres están apilados en ella. Pero... Aquí se paró.

— ¡Cómo! exclamó el rey lleno de terror; ¿qué nueva desgracia es esa? Rothsay... sí, esto debe ser, es Rothsay... Expílicate ¿Qué otra locura hizo? ¿Qué le puede haber sucedido?

— Señor.... rey mio.... la carrera de las locuras de mi sobrino Rothsay acabó con él.

— ¡Ha muerto! ¡ha muerto! exclamó el desgraciado padre desesperado.— Albany, como hermano tuyo, te conjuro para que... Pero no, ya no soy tu hermano; como rey, hombre sutil y tenebroso, te mando me digas toda la verdad por mas espantosa que sea.

Albany tartamudeó: — Señor, no sé los detalles sino imperfectamente. Pero es demasiado cierto que la noche pasada encontraron á mi desgraciado sobrino muerto en su cuarto, de resultas de una enfermedad repentina, segun he oido decir.

— ¡Oh Rothsay! ¡oh mi predilecto Roberto! ¡Ojala que hubiera yo muerto por tí, hijo mio! ¡querido hijo mio!

Así hablaba, usando de las expresiones tiernas de la Santa Escritura, este padre infeliz, privado ya de la mas dulce esperanza, tirándose de la barba y cabellos blancos; en tanto que Albany, mudo y agitado por los remordimientos, no tenia valor para contener la explosion del dolor paterno. Pero la pena del rey se mudó casi al instante mismo en un acceso de furor, tan contrario á su caracter apacible y ti-

mido, que los remordimientos de Albany dieron lugar al temor.

— ¡Y es este el fin de tus máximas morales y de tus penitencias y austeridades religiosas! exclamó Roberto. Pero el padre insensato que puso su hijo en tus manos, que entregó el cordero inocente al carnicero, es un rey; sí, tú lo sabrás á costa tuya. ¿Se quedará el asesino libre y sin castigo en presencia de su hermano, con las manos teñidas en sangre del hijo de este mismo hermano? ¡No! ¡ola! ¡ola! ¡Venga uno!— ¡Mac Luis!— ¡Ah de mis Brandanes! ¡Traicion! — ¡Asesinato! ¡A las armas, los amantes de los Estuardos!

Mac-Luis, á la cabeza de varios guardias, entró precipitadamente en el cuarto del rey.

— Asesinato y traicion, exclamó el infeliz rey. Brandanes, vuestro noble príncipe.... Su dolor y agitación no le permitieron anunciarles la fatal nueva que tenia intencion de participarles. Volvió por fin á proseguir su discurso entrecortado.—Preparad al momento un hacha y un tajo en el patio. Pended... Tampoco pudo acabar la frase.

— ¿A quién se ha de prender? señor; preguntó Mac-Luis, quien al ver lo dominado que se hallaba el rey de un furor tan ageno de su bondad ordinaria, estuvo poco menos que inclinado á creer habia perdido el juicio, á causa de los horrores inauditos del combate sangriento que acababa de presenciar. ¿A quién prendo? señor, repitió, yo no veo aquí mas que al duque de Albany, hermano de Vuestra Magestad.

— Dices bien, replicó el rey, cuyo acceso iba ya calmando, tienes razon; aquí no hay nadie mas que Albany, el hijo de mi padre, nadie sino mi hermano. ¡O Dios mio! ¡dadme fuerzas para resistir esta ira criminal que me abraza el corazon. — *Sancta Maria, ora pro nobis.*

Mac Luis miró sorprendido al duque de Albany, quien procuró disfrazar su confusion afectando una compasion muy viva.

— Esta cruel desgracia, dijo al oido del oficial, ha conmovido con demasiada fuerza su razon, para que no se desarreglara.

— ¿Qué desgracia, milor? preguntó Mac Luis; yo no he sabido cual sea.

— ¡Qué! repuso el duque, ¿no habeis sabido el fallecimiento de mi sobrino Rothsay?

— ¡El duque de Rothsay ha muerto, milor, exclamó el fiel Brandane lleno de horror y pasmo; ¿cuándo? ¿cómo? ¿dónde?

— Hace dos dias; las circunstancias no se saben aun; en mi castillo de Falkland.

Mac Luis miró con atencion al duque por un solo instante. Despues con los ojos como centellas, y en un tono firme dijo al rey, que aun parecia estar interiormente rezando:

— Señor hace uno ú dos minutos que habeis comenzado una frase..... una frase, que no le falta mas que una sola palabra. ¡Pronunciadla! vuestra voluntad es una ley para mí.

— Yo estoy pidiendo á Dios me libre de la tentacion, Mac Luis, dijo el monarca desolado, y ¡eres tú quien me expone á caer en ella! ¿Darias tú armas á un furioso?— ¡O Albany! amigo mio, hermano mio, consejero de mi corazon? cómo, ¿cómo pudiste tú resolverte á obrar de este modo?

Viendo Albany que comenzaba el rey á suavizarse, respondió con mas firmeza que antes:

— Mi castillo, señor, no puede oponer ninguna barrera contra la muerte. Yo no he merecido las indignas sospechas que suponen las expresiones de Vuestra Magestad. Yo las perdono como efectos del dolor de un padre privado de su hijo; pero yo estoy pronto á jurar ante la cruz y el altar, por mi salud, por el alma de nuestros padres.....

— ¡Calla! Roberto, dijo el rey; no añadas el perjurio al asesinato, y todo ello, ¡por dar un paso mas hácia el trono y el cetro! — Tómalos de una vez, y ojalá llegues tú á conocer como yo, que son de hierro ardiendo. — ¡O Rothsay! ¡Rothsay! ¡por lo menos, te libraste de la desgracia de ser rey!

— Señor, dijo Mac Luis, permítaseme recordaros, que el trono y el cetro de Escocia, á falta de Vuestra Magestad, pertenecen según derecho á vuestro hijo el príncipe Jacobo, quien sucede á su hermano en los derechos.

— Tú tienes razon, Mac Luis, exclamó el rey con viveza; y el pobre niño será el sucesor de los peligros que corrió su hermano. Te

lo agradezco, Mac Luis, yo te agradezco me hayas recordado que todavía me resta algo que hacer en la tierra. Pon tus Brandanes sobre las armas lo mas pronto posible. Que nadie nos acompañe sino los que te sean de conocida fidelidad; nadie, sobre todo, que haya tenido relaciones con el duque de Albany, — quiero decir con ese hombre que se dice mi hermano.

— Manda que apronten mi litera al instante mismo. Nos iremos al condado de Dunbarton ó al de Bute, Mac Luis. Las montañas, los precipicios, y el pecho demis Brandanes defenderán á este niño, hasta que hayamos puesto el oceano entre él y la cruel ambicion de su tio. — ¡A Dios, Roberto de Albany! ¡A Dios para siempre, hombre sanguinario y empedernido! Goza de la parte del poder que tenga por bien dejarte Douglas; pero no trates de volver á verme. — Guárdate bien, sobre todo, de acercarte al hijo que me resta, porque si tal te sucediere, mis guardias tendrán orden de pasarte con las partesanas. — Mac Luis, encárgate de dar esta orden.

El duque de Albany se retiró sin mas tratar

de justificarse, y sin replicar una sola palabra.

Lo demás de estos acontecimientos pertenece á la historia. En la sesion inmediata del parlamento de Escocia, alcanzó el duque de Albany una declaracion hecha por este cuerpo, en que le juzgaba inocente sobre la muerte de Rothsay, al paso mismo que mostró reconocerse culpado, tomando cartas de amnistia ó de perdon por el crimen. El desgraciado y anciano monarca se confinó en su castillo de Rothsay, condado de Bute, para llorar la muerte del hijo que habia perdido, y velar con desasosiego sobre la conservacion del que le quedaba. No halló medio mejor de poner en seguridad al joven Jacobo sino mandarle á Francia, para que se le educara en la corte del soberano de este pais. Pero fué tomado el navio que llevaba al príncipe de Escocia por un corsario inglés, y, á pesar de la tregua que habia entonces entre los dos reinos, Enrique IV fué tan poco generoso que le retuvo prisionero. Este último golpe acabó de traspasar el corazon del infeliz Roberto III. La venganza descargó, aunque con lentitud, sobre la traicion y

crueldad de su hermano. Es verdad que las canas de Albany bajaron en paz al sepulcro, y que trasmitió á su hijo Murdoch la regencia del reino, adquirida por tan criminales medios; mas diez y nueve años despues de la muerte del anciano monarca volvió á Escocia Jacobo I, y el duque Murdoch de Albany, así como sus hijos, expiaron en el patíbulo sus delitos y los de su padre.